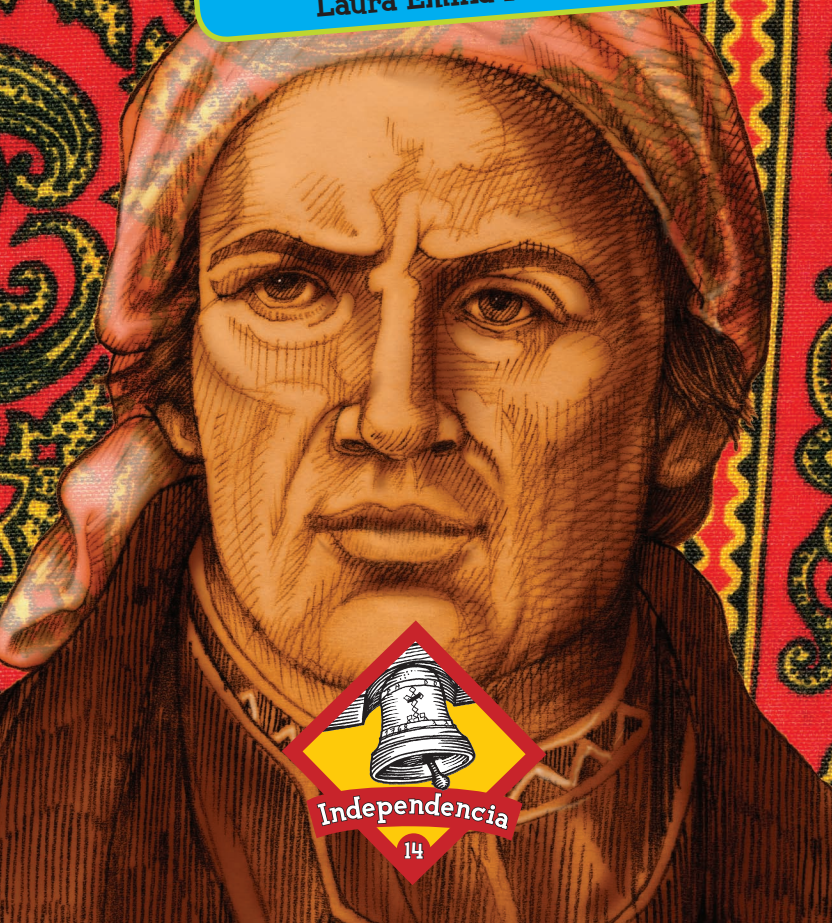


JOSÉ MARÍA MORELOS: SIERVO DE LA NACIÓN

Laura Emilia Pacheco



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**
Reconstruyendo Independencia - Construyendo Futuro



JOSÉ MARÍA MORELOS: SIERVO DE LA NACIÓN

Laura Emilia Pacheco

SIEMPRE ME HE PREGUNTADO SI LAS PERSONAS UN DÍA se levantan de la cama y deciden: “Hoy voy a convertirme en héroe”. Al igual que tú o que yo, los héroes son personas y casi nunca tienen una vida perfecta ni una familia ideal. A veces ocurre todo lo contrario. Quizá son héroes precisamente porque logran superar los problemas que los aquejan y, además, hacen algo para ayudar a otros. Es curioso ver cómo pequeños detalles de nuestra vida finalmente nos convierten en lo que somos. José María Morelos, por ejemplo, uno de los personajes más importantes en la lucha de México por su independencia, nació de padres humildes. Ellos jamás se imaginaron cuál sería el destino de su hijo, que nació el 30 de septiembre de 1765, en Valladolid, Michoacán. Tampoco que esa fecha se volvería día de fiesta nacional. Manuel Morelos era carpintero, y su esposa, Guadalupe Pérez Pavón, hija

de un maestro. Tenían antepasados indígenas y africanos, de modo que, para mitigar las injusticias de la separación de castas, los padres de Morelos decidieron registrarlo como español. Así aparece en su fe de bautizo.

El mundo nunca permanece estático. Siempre hay cambios, los problemas son constantes. Pero en la historia se dan ciertos momentos en que las cosas parecen confluír para que las naciones tomen otro rumbo. Morelos nació en una de esas etapas. Faltaban pocos años para la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa. En la Nueva España, la principal colonia del Imperio español, indígenas y mestizos veían negados todos sus derechos. Aun los criollos, los hijos de españoles, se consideraban extranjeros en su patria porque les parecía que todo estaba hecho sólo para beneficio de la metrópoli, es decir, de España. El descontento hacia el virreinato era ya muy grande.

Aunque Morelos vivió entre los campesinos más pobres, tuvo la suerte de que su abuelo, maestro de escuela, lo instruyera. De hecho, a Morelos le interesaba mucho la gramática, un gusto heredado de su madre. Gracias a eso, entró en el Seminario de Valladolid, don-

de fue discípulo de Miguel Hidalgo. La Iglesia necesitaba sacerdotes mestizos para enviarlos a los sitios más empobrecidos y apartados, a los que no querían ir los criollos. Morelos, ya huérfano de padre, tenía que mantener a su madre y a su hermana, de modo que aceptó ser cura de Carácuaro, en la tierra caliente michoacana, lugar de gran pobreza. Ahí permaneció hasta 1810.

Un ejército del pueblo

En 1810, Hidalgo, Allende y otras personas comenzaron a conspirar para buscar la libertad de la Nueva España, pero fueron delatados. Miguel Hidalgo decidió que no quedaba más remedio que tomar las armas y dar inicio de inmediato a la lucha contra la dominación española.

Cuando Morelos se enteró de que su antiguo maestro había tomado las armas, fue a su encuentro para decirle que quería unirse al movimiento de independencia. Hidalgo, que conocía las cualidades y la gran inteligencia de su joven discípulo, le dio el grado de general, le ordenó hacer la guerra en el sur y tomar Acapulco, el puerto al que llegaba la Nao de China cargada de riquezas de Oriente. Maestro y discípulo nunca volvieron a verse. A Hidalgo lo derrotaron y fue

fusilado. Entonces, la causa de la libertad quedó en manos de Morelos.

Morelos era robusto, de estatura mediana, con facciones fuertes y mirada fija. Moreno y de cabello negro, siempre llevaba la cabeza cubierta con un paliacate porque decía que mitigaba las jaquecas que lo atormentaban, aunque hay quien afirma que usaba ese pañuelo para ocultar su cabello crespo.

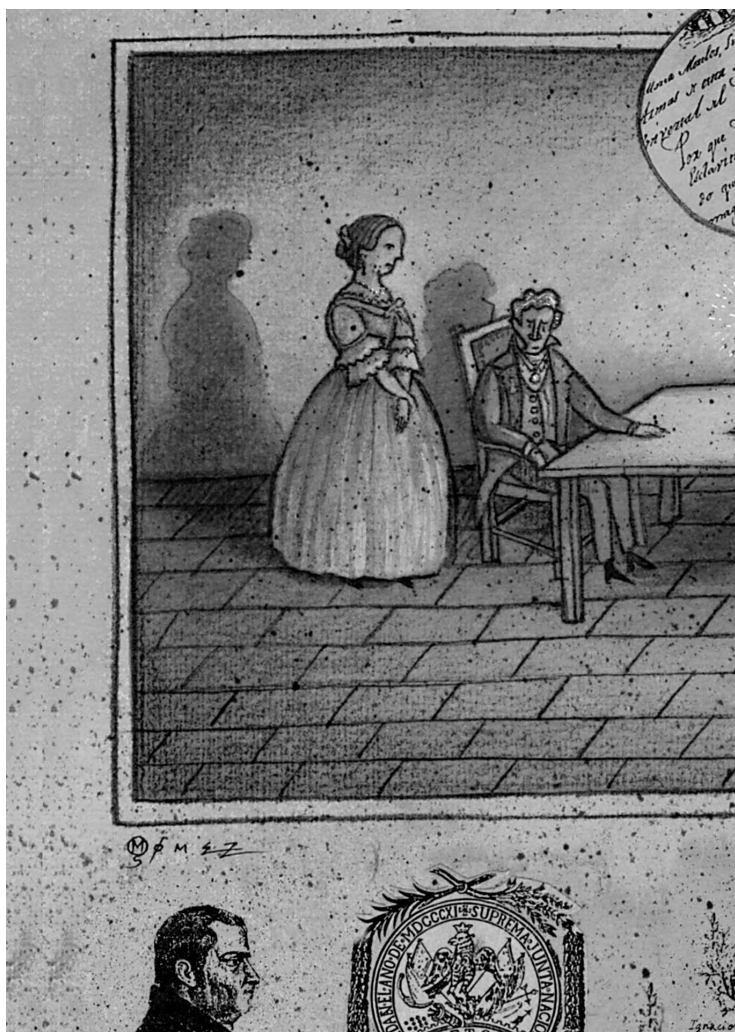
La derrota de los primeros insurgentes se debió sobre todo a la falta de armas. Las acciones iniciales de Morelos estuvieron dirigidas a conseguir las. Partió de Carácuaro con sólo veinticinco hombres, pero en el camino se le unieron centenares. Ya con dos mil integrantes, este ejército del pueblo ocupó Tecpan, en lo que hoy es el estado de Guerrero. Allí se unió a Morelos Hermenegildo Galeana con su tropa de habitantes de la costa y un cañón, primera pieza de artillería con que contaron los insurgentes.

Morelos sitió Acapulco y el fuerte de San Diego, construido para evitar ataques de los piratas y que sirvió después para contener a los insurgentes. El resplandor del fuego de la artillería fue tan intenso que la noche se hizo día. El virrey envió refuerzos. Morelos levantó el sitio y con seiscientos hombres atacó

Chilpancingo, defendido por mil quinientos realistas. Después logró otros triunfos en Tixtla y Chilapa, que hicieron que su prestigio militar fuera en ascenso. A pesar de sus victorias, a Morelos, que siempre fue un hombre de gran modestia, le gustaba decir que todo se debía a la ayuda de sus colaboradores: Galeana, Mariano Matamoros y los jóvenes Vicente Guerrero y Nicolás Bravo.

Con refuerzos que venían de combatir a Napoleón en España, Félix María Calleja, el mejor general realista y quien había vencido a Hidalgo en Puente de Calderón, se movilizó contra los insurgentes. En 1812, Calleja sitió a Morelos en Cuautla y cortó todos los suministros de agua y alimentos. Entre los rebeldes el hambre llegó a ser tan terrible que se vieron en la necesidad de comer insectos y cortezas de árbol; más de treinta hombres morían a diario por el hambre y la enfermedad. Pero la sola presencia de Morelos hizo que sus tropas resistieran. Cantaban:

Por un cabo doy dos reales;
por un sargento, un doblón;
por mi general Morelos
doy todo mi corazón.



El asedio duró setenta y dos días, hasta que el 2 de mayo de 1812 Morelos lo rompió y los realistas lograron entrar en Cuautla.

A pesar de su superioridad en número y armamento, por no mencionar la soberbia de Calleja, que se decía “acostumbrado a desbaratar masas de insurgentes”, los realistas no pudieron destruir al enemigo. Morelos fue nombrado comandante en jefe del ejército rebelde y a fines de noviembre tomó Oaxaca, con lo cual aumentó en gran medida el territorio dominado por los insurrectos. Sin embargo, durante todo el tiempo que duró el sitio de Cuautla, el virrey comprendió que había subestimado a Morelos y ordenó reforzar al ejército realista: debía aniquilar al líder de la insurgencia a cualquier precio.

La abolición de la esclavitud

Tal y como se lo había prometido a Hidalgo, en febrero de 1813 Morelos por fin se adueñó de Acapulco y el 14 de septiembre inauguró el Congreso Insurgente en Chilpancingo. Ante la asamblea, Morelos leyó el discurso llamado *Sentimientos de la nación*, uno de los documentos más importantes de la historia constitucional de nuestro país, donde afirmó la total independencia

de la Nueva España, abolió la esclavitud, la tortura y el sistema de castas, al tiempo que protegía el derecho de propiedad y declaraba como única la religión católica.

El Congreso lo nombró generalísimo y encargado del Poder Ejecutivo. También le dio el título de alteza serenísima, pero Morelos prefirió que lo llamaran nada más Siervo de la Nación,

porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno emanado del pueblo y sostenido por el pueblo, que acepte y considere a España como hermana pero nunca más como dominadora de América. No hay otra nobleza que la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos. Que no haya privilegios ni abolengos; no es racional ni humano ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento.

Triunfo y derrota de Morelos

La declaración de independencia se firmó el 6 de noviembre de 1813. En diciembre, Morelos intentó tomar Valladolid pero fue vencido por el coronel realista Agustín de Iturbide. El fracaso avivó la discordia de muchos

de sus aliados, partidarios de un México independiente pero gobernado por un rey español. Sus adversarios dentro del grupo insurgente despojaron del mando militar a Morelos. Él, sin embargo, siguió protegiendo al Congreso que, de nuevo sitiado, tuvo que emprender la huida. Gracias a que Morelos logró ponerlo a salvo, en octubre de 1814 se firmó en Apatzingán el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana, que defiende la soberanía popular, el derecho del pueblo a cambiar de gobierno y establece la división entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

Mientras tanto, en España, Fernando VII había vuelto al trono, nombró virrey a Calleja y le ordenó aniquilar a los insurgentes. Morelos fue capturado el 5 de noviembre de 1815 en Temalaca, Guerrero, cuando un desertor que había servido bajo sus órdenes lo hizo prisionero junto con otros doscientos rebeldes. Ciento cincuenta fueron ejecutados frente a Morelos. A los demás los enviaron a Filipinas como esclavos.

Calleja ejerció su venganza contra el gran jefe militar y político que había puesto en jaque al poder virreinal. En vez de fusilarlo de inmediato, ordenó que Morelos fuera conducido a la Ciudad de México, donde lo sometió a la humillación de dos juicios distintos: uno mi-

litar y otro eclesiástico a cargo del Tribunal de la Santa Inquisición que degradó a Morelos de su nombramiento de cura y lo sentenció a cadena perpetua en un monasterio de África. Es curioso que mucho de lo que hoy sabemos acerca de Morelos y de su forma de pensar se deba, en gran medida, a la constancia que se conserva de sus respuestas a los interrogatorios de la Inquisición. Calleja consideró insuficiente el castigo y ordenó que se le aplicara la pena de muerte. El teniente coronel Manuel de la Concha llevó a Morelos a su prisión en la Ciudadela de San Cristóbal Ecatepec. Allí, en un edificio donde los virreyes preparaban su entrada a la capital o inspeccionaban las obras de desagüe del valle, Morelos, con grilletes en los pies y en las manos, aguardó en un cuarto lleno de paja.

La mañana del 22 de diciembre de 1815, el redoble de los tambores dio la señal y un pelotón fusiló a Morelos. Así llegó a su fin la vida de este gran héroe que, salido de la más humilde clase del pueblo, forjó las bases del México libre, independiente y soberano, y alguna vez afirmó: “Creí más útil para la patria prestar mis servicios a la revolución que empezó el señor Hidalgo, que quedarme encerrado en mi cuarto”.



Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada e ilustraciones de interiores;
Gerardo Cabello y Javier Ledesma,
cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SUS AEQUÉ VICTRIX.
UNUM. OCULIS ET



SEGOB



MÉXICO
2010

